

# Nuestros lectores opinan

## Espacio para el análisis nacional e internacional

### El golpe de Estado en Honduras.

Rubén Fúnez.

Existe una seria inquietud que no se termina de aclarar: ¿qué es lo que está en juego en los acontecimientos que han sacudido a Honduras? No se va a insistir en los hechos porque se presume que son conocidos por todos. Hay medios de comunicación que con honradez y constancia han informado, casi minuto a minuto, lo que estaba ocurriendo en Honduras. Sin embargo, y casi improvisadamente, hay que señalar esquemáticamente cinco aspectos que tendrían que ser sopesados con sumo cuidado y que han sido desvelados en esta coyuntura.

A) La infructuosa acción de los organismos internacionales. La OEA dio un ultimátum de 72 horas a los golpistas. Incluso el mismo presidente Manuel Zelaya manifestó, con fiadamento, que el secretario Insulza, no iría a negociar con los golpistas, sino que les exigiría restituir el orden constitucional en Honduras. Ha sido unánime el rechazo y el desconocimiento del régimen golpista por la comunidad internacional, desde los comentarios severos del presidente Chávez, hasta las prudentes declaraciones del secretario de la Unión Europea. De igual manera, Centroamérica al unisono se ha unido al rechazo de los golpistas. Han cerrado sus fronteras durante 72 horas, con el afán de presionar a dichos golpistas.

Durante el intento por regresar a Honduras, el presidente se hizo acompañar por el presidente de la ONU, D'escoto, de quien los golpistas sabían de su presencia en la nave que transportaba a Manuel Zelaya. Esto no les persuadió para dejar libre el aeropuerto sino que atravesaron carros y soldados para impedir el aterrizaje. Al final, y al tenor de lo que nos informa un medio virtual, la mini cumbre que se realizó aquí en El Salvador, después del fallido aterrizaje en Tegucigalpa, lo que puso en evidencia fue el cansancio de todos los presidentes presentes. Por lo visto, no aportó nada para el esclarecimiento de dicha situación. Es decir, la presión internacional se ha mostrado impotente ante la tozudez de los golpistas hondureños.

B). Las oligarquías defienden sus intereses del modo más tradicional y perverso. Visto desde fuera, y superficialmente, resulta absurdo que por querer realizar una consulta popular, en este caso preguntar si se ponía una

cuarta urna en las próximas elecciones, para preguntar sobre una posible reforma a la Constitución, se le dé golpe de Estado al legítimo presidente de una nación. Visto desde fuera, como se ha dicho, dicha acción sólo puede compararse a un comportamiento propio de los hombres de las cavernas. Hay que estar sumamente atrasado para que una consulta justifique poner en peligro la vida de un presidente y, posteriormente, sumir en la incertidumbre y perplejidad a miles de simpatizantes de dicho gobernante. Pero se observa, deliberadamente, que así hay que leerlo: superficialmente. Porque si hurgamos un poco más allá de las apariencias, lo que está en juego es la posible puesta en peligro de intereses muy poderosos. Y cuando los poderosos ven mínimamente puesto en peligro sus intereses, se sacuden con violencia y recurren a los medios más tradicionales de represión. Por ello es risible cuando se intenta deslegitimar una acción determinada, arguyendo que se trata de cerebros calenturientos que se quedaron aprisionados en los 60s y 70s. Lo ocurrido en Honduras pone de manifiesto, una vez más, que los oligarcas de estos países nunca cambian. Y peor aún, que tienen mucho poder.

C) Lo ocurrido a Manuel Zelaya, le puede ocurrir a cualquiera de los restantes presidentes latinoamericanos que tome con un mínimo de seriedad su apuesta por las mayorías populares. Es exactamente a lo que se ha referido el presidente hondureño cuando ha declarado que a partir de estos acontecimientos los demás presidentes "duerman con las maletas hechas". Por ello es peligroso el precedente que se está asentando. Si los golpistas no deponen el poder, el mensaje es que todo aquel que intente hacer el más mínimo movimiento en otra dirección será ineludiblemente depuesto de su poder, con el agravante que no hay ningún poder, nacional ni internacional, que les pueda impedir dichas acciones.

Los poderosos están a gusto con un régimen, se llame de izquierda o no, mientras éste no se entrometa con sus intereses. Y es que ante la más mínima sospecha, son capaces de realizar acciones como las que hemos visto en Honduras. Desde esta perspectiva, pareciera que los llamados regímenes de izquierda solo van a poder gobernar, estableciendo explícita o implícitamente una especie de pacto de caballeros en el que los intereses de las oligarquías no correrán peligro.

D) La enseñanza para el movimiento social hondureño. No vamos a subvalorar el accionar popular hondureño. Sin embargo, no podemos ocultar las dudas acerca de su organización. Da la impresión, y hay que acentuar que se trata de una mera impresión, que el accionar del movimiento popular responde, más que a una serie de acciones articuladas y estructuradas, a acciones estrictamente coyunturales. Hay mucho que hacer respecto a dicho movimiento. Hay que reorganizarlo, mejor aún, estructurarlo. Voces desde el interior de Honduras manifiestan que hay que trabajar en la: "reconstrucción de la institucionalidad, y comenzar a tejer tantos tejidos humanos, políticos, éticos y sociales rotos".

Y en el caso que los movimientos sociales no sigan la dirección de un determinado partido político, que se erija una especie de organización en la que se aglutinen los representantes de todas aquellas organizaciones que conforman el movimiento social. Importa construir un movimiento social en el que sus luchas respondan a estrategias estructurales y no a meras acciones coyunturales. La reconstrucción del tejido social es una urgencia de primer orden que tienen los gobernantes que se dicen defensores de las grandes mayorías. Solamente si se organiza la sociedad se tiene la garantía de que los grupos de poder se verán imposibilitados para realizar acciones semejantes a las de Honduras.

E) El papel de las Fuerzas Armadas. En el caso de Honduras el papel de las Fuerzas Armadas no es unívoco. Es común, interpretar las funciones de este grupo, como garante de los intereses de los grupos de poder. Sin embargo, las fuerzas armadas hondureñas desde hace algunos quinquenios se ha convertido en un poder económico capaz de competir con cualquier otro poder económico en su país. Por lo tanto, en Honduras entre los grupos de poder hay que señalar también a cierto sector de sus fuerzas armadas. En este sentido, el papel que desempeñan no sólo es de mera seguridad y de defensa al territorio hondureño, sino, y esto con primariedad, el de defensa de sus propios intereses económicos. Desde esta perspectiva es probable que cualquier reforma o enmienda que pueda sufrir la Constitución sea leída como amenaza a sus intereses.

Desafortunadamente, con las acciones realizadas, sobre todo el día que intentó regresar el presidente Zelaya a Honduras, lo que pone de manifiesto es que otra de sus funciones es reprimir a la población, desarmada, pacífica y vulnerable, infringiendo sufrimiento, perplejidad, e incertidumbre a sus hermanos hondureños.

En definitiva, ¿qué es lo que está en juego en la actual situación por la que atraviesa Honduras? Se ha procurado responder a dicha dificultad poniendo en discusión el papel de las Fuerzas Armadas, el papel de los organismos internacionales, el trabajo minucioso y constante que necesitan los movimientos sociales, el papel de una oligarquía, la cual es capaz de recurrir a cualquier medio, dicen ellos, para defender las libertades, entiéndase para defender sus intereses. Es probable que todos estos aspectos sean los que están en juego en la actual situación. No obstante, hay un aspecto de vital importancia que se debe tomar con seriedad. Asistimos a una situación en la que se ha comenzado a ver la insuficiencia de la denominada democracia representativa, lo que está exigiendo su *superación* por lo que se ha comenzado a denominar democracia participativa. Esta democracia participativa permite que la población pueda ser consultada acerca de ciertas decisiones de primer orden, respecto al modo como se quiere ser gobernado. Sin embargo, esta

forma de gobierno implica empoderar a la población, y si la población se empodera, el poder comienza, de algún modo, a descentralizarse. Esa descentralización pareciera poner muy nerviosos a los sectores que tradicionalmente han detentado dicho poder. Empoderar a la población implicará la discusión seria y radical acerca de la distribución de las riquezas, lo cual toca intereses de oligarcas en nuestros países.